

EL ECIJANO FRANCISCO XIMENEZ O.P.

por

CARMELO SÁENZ DE SANTA MARÍA

Francisco Ximénez es figura importante de la lingüística hispanoamericana, cuya vida se inicia en el XVII andaluz, para concluirse en el XVIII guatemalteco. Es muy antiguo mi interés por este dominico, ya que fue objeto de un estudio en la recién inaugurada «Revista de Indias» (1941), en que lo presenté junto a su compañero —criollo él— Ildefonso José de Flores, bajo el pretencioso título *Dos grandes filólogos hispanoamericanos*. Pretencioso por atribuir a mis dos héroes un título que no entraría en el campo de la lingüística hasta el siglo siguiente: pretencioso, o no, la singularidad de los estudios de ambos y su actitud frente al par de lenguas: cackchiquel y quiché, merecen mayor atención científica de la que se les suele conceder.

Francisco Ximénez nace en Ecija en 1666, en el seno de una familia que acababa de sufrir en su cabeza el zarpazo del terrorismo de entonces, que se manifestaba en el bandolerismo andaluz.

Su infancia estuvo marcada por una grave enfermedad que llevó a los médicos a declararle muerto; incidente que se resolvió en una especie de resurrección, al pasar el cortejo fúnebre delante de la ermita de Nuestra Señora del Valle. Incidencia que, recordado muchas veces por su madre, ahincó en su espíritu una especial devoción a la virgen, que dio tema y argumento al prólogo de una de sus obras más citada,

y menos conocida: la *Primera Parte* del tesoro de las tres lenguas que verá la luz pública en los próximos meses en Guatemala.

Formando unidad con la devoción a la virgen del Valle, el recuerdo de Ecija estuvo siempre presente en la intimidad personal de Ximénez: recuerdo al que Ecija ha respondido con un cuadro expuesto en una de las columnas de la iglesia de Santa Cruz, cuya autenticidad no parece excesivamente garantizada.

Mi interés por Ximénez me ha llevado a detenerme en Ecija en mi camino Madrid-Sevilla; y el mismo interés me ha llevado a Córdoba, donde, por razones no muy claras, se conserva un par de manuscritos de Ximénez; entre ellos la ya mencionada *Primera Parte*, cuya portada presento en esta comunicación.

Y antes de entrar en materia, quiero puntualizar que mi presentación actual no coincide exactamente con lo que ofrecí en La Rábida, ya que en el tiempo intermedio he emprendido la tarea de preparar para su edición el manuscrito cordobés de Ximénez, que quiere publicar la Academia de Geografía e Historia de Guatemala, tarea que ha aumentado mi conocimiento de la obra.

DATOS PERSONALES DE XIMÉNEZ

En los libros parroquiales de Santa Cruz en Ecija se conserva la partida bautismal de nuestro Francisco, que le hace nacido a 28 de noviembre de 1666, fecha que apareció equivocada en la edición de Guatemala del libro quinto de su Historia, donde se afirma que nació a 23 del mismo mes. Su padre se llamaba —según la misma partida— Francisco; y su madre María Torija. En los libros parroquiales de Ecija no aparecen muchas personas de apellido Ximénez, en contraste con la abundancia del apellido materno que estaba firmemente implantado en la ciudad.

La primera educación la recibió de su madre, prematu-

ramente viuda; y podemos suponer que cursó sus primeros estudios en el convento dominicano que allí existía. En Ecija conoció la familia Prada, de cierta importancia social, a la que pertenecía fray Andrés de Prada, futuro mártir en Guatemala, a quien dedica nuestro Francisco algunos de sus capítulos. Con él realizó el primer viaje a Indias; y después de su martirio, recogió su corazón que, dentro de sus ritos ancestrales, le había sido arrancado por sus verdugos; de cuyas manos había sido rescatado; y por fray Francisco enviado a su ciudad natal.

Como fray Andrés de Prada, en fecha que desconozco, ingresó en la orden dominicana, donde completó sus estudios, que no había concluido cuando llegó al convento cordobés la convocatoria de que era portador fray Ambrosio de Ipenza—Ipenza en la documentación coetánea—. No hay datos sobre la calidad de los estudios que Francisco realizó en España; de sus escritos se deduce un apreciable nivel en lo propiamente eclesiástico, con especial apertura hacia lo bíblico, en lo que pudiéramos llamar «historia sagrada», con detallado conocimiento de cosas y personas que le sirvieron para sus trabajos de aproximación entre las tradiciones quichés y las judeo-cristianas; en los que se agregó a los discípulos de fray Domingo de Vico, a quien pudiéramos considerar el «conformador» de la mentalidad cristiano-quiché con su omnipresente —por desgracia— inédita *Theologia Indorum*, o Teología para uso de los Indios, que, según afirma el mismo fray Francisco, era leída en público en su tiempo en los días de concentración religiosa, y —nos dice— perfectamente entendida por los indígenas, en contraste con otros escritos tal vez más recientes, pero prematuramente envejecidos en un desfase progresivo frente a formas verbales más modernizadas.

En fray Francisco no encontramos —como en su predecesor de un siglo el dominico fray Domingo de Remesal— atisbos de conocimiento de lenguas, como el hebreo, de la que Remesal había sido profesor en Alcalá antes de marchar a Indias. No hay tales rastros en Ximénez. Sin embargo se descubre en Ximénez cierta afición —que no considero común— al estudio de la lengua castellana en sus orígenes; ya que conoce y cita al *Tesoro* de Covarrubias y parece conocer el libro de

Alderete sobre el *Origen de la lengua castellana*, aunque la fecha de aparición de ambas (1606, 1611) las hace posteriores a la época de sus estudios previos a la ida a las Indias.

La vocación a Indias surgió en fray Francisco como respuesta a la especie de manifiesto que presentó al Consejo, el dominico fray Ambrosio de Ipienza, que se conserva impreso junto con la nómina de los dominicos que dieron sus nombres a la empresa. Hay cierta diferencia entre los nombres inscritos en el mismo papel que se conserva en el Archivo de Indias y los que aparecen en las listas previas al embarque. Como tendencia significativa es más numerosa la presencia de dominicos procedentes de la mitad norte de la península en la primera anotación; y son más los del sur en la segunda instancia; variación que responde a un número menor de inscritos que baja de 45 a 30 en aquellos meses. Ximénez pertenece al segundo grupo, por lo que su nombre no aparece en la primera lista.

Ximénez tenía entonces 22 años y cursaba los estudios de teología; es fácil que su vocación fijara desde aquella temprana fecha en las colectividades indígenas que Ipienza enumeraba y que hablaban trece lenguas, bocado especialmente difícil para quien no fuera tan joven y tan entusiasta como nuestro «corista». Su presencia no se acusa en los documentos oficiales: es simplemente «uno de los treinta frailes» que embarcan en la armadilla de Juan Thomas Miluti, que preparaba su viaje a Honduras. Viaje —por otra parte— bien documentado por haber formado parte de él, el nuevo presidente de Guatemala Jacinto Barrios Leal, y dos catedráticos de la recién establecida universidad de San Carlos de Guatemala. Pero la documentación del viaje no concluye con la llegada a Puerto Caballos; Miluti debió «pasar la raya» en sus conatos de contrabandista, y los papeles e informes dan «peso» a aquel viaje que hubiera podido pasar desapercibido.

Ximénez dejó aquellas pesadas urcas, en cuanto se vio en tierra, actualmente hondureña, y prefirió continuar viaje por tierra firme. Tuvo suerte, porque sus camaradas —incluidos presidente, oidores y catedráticos— perdieron todo su equipaje cuando celebraban —algo descuidados— la feliz llegada;

en el jolgorio de la fiesta se acercaron los piratas «de turno» y dejaron a tan ilustres viajeros con «lo puesto»; menos mal que desde las bodegas del Polochic hasta Guatemala la distancia no era demasiado grande.

Con tan malos augurios comenzaba el gobierno de aquel presidente que nunca fue del gusto de Ximénez; y ya en Guatemala le esperaba otro susto mayor al cruzar el cielo de la ciudad, en plena celebración de la «feliz» llegada, una especie de cometa que no podía sino prenunciar funestos acaecimientos.

Ximénez caminaba por tierra, por camino que le acercó más de lo que él sospechaba a la metrópoli prehispánica de Copán, pero que le impresionó por su primera experiencia de murciélagos que dejaron casi exangüe a un su camarada que había dejado descubierto el pie durante la noche.

Llegado a la capital se concentró en sus últimos cursos de teología y emprendió nuevo viaje a lo largo del altiplano guatemalteco hasta Ciudad Real de Chiapas, donde recibiría la ordenación sacerdotal. Viaje largo que repetiría tres veces a lo largo de su vida, pero nunca como entonces con los ojos bien abiertos del recién llegado.

En su acercamiento a la realidad indígena guatemalteca el viaje a Chiapas le reservaba una sorpresa: un compañero de hábito, fray Juan de San José, «perpetuo estudiante» de la realidad indígena a la que había tratado de acercarse, con métodos que ahora parecerían «modernos» como dejar el hábito y participar en las festividades populares «bebiendo de sus bebidas en sus covites... aunque sin dar motivo —prosi-gue Ximénez— a que le perdiesen el decoro, que de eso fue el santo viejo muy celoso» le llegó a comunicar sus conclusiones «al cabo de más de treinta años que había gastado en esto... no había podido acabar de conocer a los indios, ni comprenderlos...».

No perdió el ánimo nuestro joven dominico; y de esta entrevista y detenida conversación, dedujo que había mucho que hacer en la línea de la intercomprensión cultural; y que antes le había de faltar el tiempo para alcanzar las últimas raíces de aquella etnia que había quedado rodeada e inmersa, pero no transformada, en la cultura hispanocristiana circundante.

El viaje a Chiapas le abrió a otra posibilidad de acción que pudo esterilizar su entusiasmo juvenil: la acción política local. Es el caso que se le encargó acompañar desde Chiapas a Guatemala al «visitador» Fernando López Ursino, quien debería hacerse cargo de la presidencia de Guatemala en tanto que procedía a la visita del presidente Barrios Leal, sobre cuya gestión habían llegado graves quejas a los organismos virreinales y metropolitanos. Su cargo de «capellán» del visitador no le ayudó a mejorar sus relaciones con el presidente «visitado» cuando éste fue poco después reintegrado en su puesto. Este pudo ser el motivo de su envío al puerto algo apartado de San Juan Sacatepequez que se completó —en aquella política de dispersión— con una breve estancia en San Pedro de las Huertas: paso por la comunidad cakchiquel, que nunca llegó a ser de su especial agrado. Menos atención le mereció la etnia pipil, en la que vivió a lo largo de su período de superior dominico en el convento de San Salvador.

Y vuelve a enredarse en la política; y esta vez con sus mejores entusiasmos, en pro del «perseguido» presidente Sánchez de Berrospe a quien venía a «visitar» el asturiano Francisco Gómez de Lamadrid, procedencia familiar que le conectaba con el también asturiano fray Froilán Díaz, el conocido exorcista del último monarca austriaco, don Carlos II. Todo ello le molestaba —nos lo dice— a Ximénez, y en aquella ocasión se le vio discurrir por las calles de Guatemala reclamando un «montante» para capitanear la «extracción de sagrado» del visitador, que antes de escapar de su «visitada» Guatemala, tuvo modo de comprometer a la Iglesia en sus asuntos.

Esta vez Ximénez dejó la capital y los negocios superiores de la orden para consagrarse a uno de los «mejores» curatos atendidos por los dominicos, el célebre Santo Tomás Chichicastenango. Entre Chichicastenango y Rabinal pasó 13 años (1701-1714) que fueron especialmente fecundos para sus estudios etnolingüísticos. Todavía se conservan en Rabinal sus anotaciones bautismales que señalan una estancia seguida desde agosto de 704 a julio del 714; no así en Chichicastenango, donde se me dijo haber desaparecido el libro correspondiente.

Durante su estancia en estos dos curatos, produce Ximénez lo mejor de su obra lingüística.

Y comienzo por el *Tesoro de las tres lenguas* destinado a sus hermanos de apostolado, a quienes suponía excesivamente confiados en la profunda cristianización de sus feligreses.

Se conservan dos copias manuscritas de la que Ximénez llama *Primera Parte*; y sólo atisbos o fragmentos de lo que hubiera entrado en las dos partes restantes. Así en el prólogo de la *Primera Parte*, explica Ximénez su plan, con estas palabras:

“Se trata —dice— especialmente de cada letra, y de su uso: que aquí no se puede tratar; lo uno, por no ser su propio lugar, y lo otro, porque faltan letras de nuestro alfabeto en el de los indios, y tienen otras especiales; en tanto —prosigue— que en la *tercera parte* está el *Arte de las tres lenguas* en el que se puede ver especialmente el título de “composiciones” que servirá para descomponer un vocablo en sus partes”.

En la actualidad se conservan en la biblioteca Newberry de Chicago una serie de cuadernos que responden de alguna manera a las materias anunciadas por el autor. El legajo conservado en Chicago se abre con un cuaderno de 93 folios que contiene el anunciado *Arte*; que no ha sido publicado en su totalidad, pero fue aprovechado ampliamente por Brassaur de Bourbourg (París, 1862). Ximénez parte —como era de esperar— del esquema morfémico nebrijense con sus declinaciones y conjugaciones; y sólo encuentra su campo cuando entra en las «composiciones», que llamaríamos «afijaciones», y que encierran toda la gama de relaciones estables y temporales que se desarrollan en las lenguas de origen latino —las conocidas por Ximénez— como declinaciones y conjugaciones. Esto y su —¿descubrimiento?— fonémico por el que procede a situar la escritura de las palabras como sistema muy imperfecto de representación lingüística frente a la cadena oral que constituye la realidad viva del idioma.

A pesar de estos atisbos fonémicos, Ximénez se declara incapaz de distinguir adecuadamente los sonidos típicos de las lenguas del grupo quiché, y su fonetización es titubeante.

Dentro de su programa orientador para sus compañeros de hábito, Ximénez emprende el trabajo, que para muchos sería fútil [no «sutil», como interpretó el primer editor Scherzer (1857)] porque no se veía la utilidad de transcribir, todas aquellas cosas tan sin orden —como dice Remesal— «que lo mismo se es trasladarlas de la memoria o libros de los naturales, que imaginarlas el pensamiento más desconcertado del mundo...» (I, 6, VII, *Historia*). Ximénez pensó en la utilidad de recogerlas de «boca» de los mismos naturales, para ir penetrando poco a poco en aquellas extrañas mitologías. En cualquier caso la decisión de Ximénez fue fecunda; y sobre la transcripción de este *uuh*, o papel, se basa su fama casi tricentaria.

No bautizó Ximénez su transcripción con el nombre de *Popol uuh*; más aún utiliza este término en su obra con otro sentido: el de calendario mágico, que correspondería más bien a uno de los llamados códigos mayas, que todavía se conservan, con sus jeroglíficos seriados que recuerdan una especie de «juego de la oca» para uso de adivinos. El abate francés Brasseur tuvo la idea de imponer el nombre de *popol uuh* a lo que él localizó en Rabinal. Pero el nombre ha tenido éxito, y no es la menos afortunada de las intuiciones etnolingüísticas de nuestro abate.

El *popol* tiene más relación —tal vez— con el fondo doctrinal que los dominicos inculcaban a sus feligreses; y que coincide con las tradiciones, supuestamente originales y en realidad profundamente *aculturadas*, de una mitología zurcida en un cañamazo de una historia sagrada al alcance de los indios, que era el contenido de la *Theologiae Indorum* del gran predicador fray Domingo de Vico.

Personalmente creo que la relación del largo peregrinar de los quichés hasta adentrarse en sus tierras, y especialmente el paso por Tula, la invención del fuego, las divisiones entre las tribus, la multiplicación de las lenguas; la venida del oriente, el comienzo de los sacrificios humanos, y la retirada —con regreso anunciado y esperado— de Quetzalcoatl, pertenecían ya a los conocimientos básicos a cuya difusión habían contribuido los libros de historia general de las Indias, como los de

Acosta, Herrera, Gómara, Torquemada, y de otros. Me hace pensar así, la fundamental homogeneidad de las tradiciones en ellos conservadas; y la inclusión en el relato del *Popol* nombres tan absolutamente exóticos para las culturas indígenas, como *Dan amak* que designaban una de las tribus de Israel que habían identificado como la progenitora de las colectividades indígenas y la trasmisora de los residuos básicos de una previa revelación coincidente con la bíblica. Pero todo ello queda pendiente de confirmación, cuando contemos, si alguna vez contamos, con una buena edición de alguna de las mencionadas *Teologías de los Indios* de Domingo de Vico.

Siguiendo en la crítica interna del *Popol*; ha llegado hasta nosotros en dos versiones. Una va incluida en la *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala* que fue encargada a Ximénez por sus compañeros de hábito; la otra constituye uno de los cuadernos que se conserva en la Newberry Library de Chicago y forma parte de esa unidad algo heterogénea del *Tesoro de las tres lenguas*. Se había supuesto que la presentación del *Popol* a doble columna quiché-castellana, como va en el *Tesoro* era cronológicamente anterior a la que se incluye en la *Historia*. Yo me inclino por lo contrario y supongo que Ximénez introdujo en la *Historia* la primera traducción quedando para un segundo momento el trabajo de disponer frase a frase una especie de comentario interlineal trabajo que —lo hemos dicho— calificó de «fútil»; o que así iba a ser considerado por sus compañeros dominicos.

Y vamos al *Tesoro*, es decir a su *Primera Parte*.

Se conservan dos manuscritos: el uno en la biblioteca provincial de Córdoba, donde tuve toda clase de facilidades, no sólo para su consulta, sino para su reproducción. En su mayor parte es hológrafo de Ximénez que lo ha escrito personalmente con sus rasgos finos en tinta algo pálida, que hacen desconfiar de una buena reproducción fotográfica. El otro manuscrito se conserva en la colección Bancroft de la Universidad de Berkeley en California. No es totalmente hológrafo y en general el amanuense ocupa más espacio que Ximénez, autor del manuscrito cordobés. En datos numéricos: Córdoba ocupa

305 folios (caras) y California 412; hay que tener en cuenta además, que este 75% de más en el número de páginas hubiera llegado al doble, si no se hubiera producido un cambio de letra en California que aumentó apreciablemente el contenido de cada folio: este cambio se hace patente desde el folio 171v., 343 en numeración correlativa.

La *Primera Parte* del *Tesoro* no ha sido editada, ni tampoco aprovechada en cantidades apreciables: punto de vista que corrige al que yo mismo tenía antes de iniciar su preparación para la imprenta.

La *Primera Parte* del *Tesoro* es un diccionario que pudiéramos llamar gramatical, porque en cada vocablo se indican sus peculiaridades nominales o verbales; a las que añade Ximénez notas sobre la región en que se emplea, y menciones —cuando le parece oportuno— de las fuentes escritas en que se puede hallar el vocablo, incluyéndolo a veces en frases enteras que añaden valor a lo puramente lexicográfico.

Ximénez apoya a veces sus asertos en frases empleadas por los doctrineros dominicos y especialmente por el más representativo de todos ellos fray Domingo de Vico: personaje prácticamente desconocido en la actualidad, pero que en un momento determinado en la Guatemala del XVI fue una especie de piedra «Roseta» viviente; que nunca pasó de moda entre los indígenas que guardan todavía con veneración ejemplares de sus *Teologías*.

Un diccionario, como el de Ximénez, no es sólo testigo de lo que en aquellos tiempos constituía la riqueza lexicográfica del idioma, o idiomas (tres en el caso de nuestro fray Francisco) que se trata de hacer accesible a los interesados en la mutua comprensión de los pueblos; es además, y de rechazo, testimonio de la lengua empleada por su compilador. Hay frases en este *Tesoro* que requieren conocimientos históricos de la lengua castellana; otras exigirían dominio de los modismos andaluces de Ximénez; otras se refieren a sus «historias» que en boca de Ximénez es pura y simplemente el *Popol*; por todo ello parece claro que una buena edición de esta *Primera Parte* será especialmente oportuna: tomando por base el manuscri-

PRIMERA PARTE DE
EL TESORO DE LAS LENGUAS AECCHI-
QUEL QUICHE Y AVTVHILEN QUE
LAS DICAS LENGUAS SE TRADUCE
EN LA NUESTRA ESPAÑOLA
COMPUESTO POR EL R. P. F.

FRANCISCO XIMENEZ

DEL SACRADO ORDEN DE PREDICADORES
CARRA DOCTRINERO POR EL REAL PATRONA-
TO DEL PUEBLO DE S. TOMAS CHICHICAS
JENANCO, Y ELITO VICARIO DEL CON-
VENTO DE SAN RAFAEL DE RABUNAL BIENICO DE
DYCA, Y CONSABRA A LA MAS HERMOSA FLOR DEL
CAMPO MAS TRASANTE ALA DE LAS ORILLAS
DEL ASVA, Y MAS CANDIDA APOYENA DE LOS VAL-
LES LA V.

^{MA}
S. MARÍA SEÑORA N.
DEBDO DEL TERTIO DEL VALLE, CYCA MEXICO
ESTA EN EL CONVENTO D. S. GER-
MONO EXTRA MUROS DE LA CIUDAD DE EZYLA NY
CATASA A LOS MASENES DEL 1555 SEÑOR

to cordobés, pero en presencia del californiano, como está programada por la Academia de Guatemala.

Presento en esta ponencia la primera página del manuscrito de Córdoba, en cuyos titulares voy a indicar en cursiva lo que no aparece en el californiano.

Primera Parte del tesoro de las lenguas kakchiquel, quiché y tzutuhil, en que las dichas lenguas se traducen en la nuestra española; compuesto por el R. P. F. Francisco Ximénez del sagrado orden de predicadores, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Santo Tomás Chichicastenango, y *electo vicario del convento de San Pablo del Rabinal*, quien lo dedica y consagra a la más hermosa flor del campo, más fragante rosa de las orillas del agua y más cándida azucena de los valles: la virgen santísima María, señora nuestra, debajo del título del Valle, cuya milagrosa imagen está en el convento de San Jerónimo, extramuros de Ecija, mi patria, a las márgenes del río Genil.

Al léxico precede un *Prólogo* en que expone Ximénez el contenido y las razones de su obra, y sobre todo su íntima y personal consagración a la virgen del Valle, patrona de Ecija, a quien toda la obra —nos dice— se debe. La *Dedicatoria* entrelaza en cuatro razones, o partidas «de cargo», esta pertenencia básica dentro de un barroquismo algo retardado: (estamos a comienzos del XVIII); pero que resume sinceridad.

La deuda de Ximénez con la patrona de Ecija, comienza con la «resurrección» que tantas veces le había sido narrada por su madre; el segundo cargo que hace a Ximénez deudor, está precisamente en el hecho de haber nacido en Ecija, o de otra manera el hecho de haber tomado la virgen del Valle a Ecija bajo su especial protección, que Ximénez documenta desde el período visigodo. Es la tercera partida «de cargo» la vocación a la orden dominicana que atribuye a su virgen del Valle, a cuya intervención milagrosa se debe, dice, el que las monjas que desde el período visigodo habían pertenecido a la orden de San Jerónimo, se incorporaran a la rama femenina de Santo Domingo.

Tras estas consideraciones que nos revelan un espíritu fervorosamente agradecido a la patrona de su pueblo y que

ha unido en devoción única el amor a su patria chica, Ecija, con la tradicional patrona que preside su vida, acomete fray Francisco lo que llama cuarto título que le obliga a consagrar su obra a la Virgen del Valle; y aquí conectamos con la doctrina común entre doctrineros y adoctrinados, que hacían descender a los indios de una de las tribus de Israel.

Ximénez discurre sobre esta descendencia que «demuestra» algo levemente, sin profundizar en lo que hubiera sido científicamente imposible. Los indios —dice— vienen de los judíos «como latamente prueba vuestro gran devoto el gran devoto del vble. padre fray Domingo de Vico»... pero entre todos los indios sólo éstos conservaron, por discurso de años, las memorias del pueblo hebreo... aunque algo estragadas por la malicia de los tiempos...». Hay un largo párrafo en que Ximénez enumera los hechos que tienen los indios como históricos y que los acercan a las tradiciones bíblicas: el diluvio, confusión de lenguas de Babel, haber pasado el mar a pie seco, peregrinación por el desierto, el monte sinaí, el sustento milagroso por el maná, la entrada en la tierra de promisión... Y aquí entramos en lo más típico de Ximénez: el haber identificado a los israelitas con la tribu de Dan, olvidada por los escritores sagrados, dejando la puerta abierta —dice Ximénez— para nuestras conjeturas.

El segundo punto es más curioso, porque se basa en la experiencia personal de fray Francisco, quien se atreve a rebajar el nivel racional de los indios hasta afirmar que es «quasi» como el del bruto...

Esta solemne admisión le sirve para establecer una especie de nuevo camino de salvación para los indios que no lo han de conseguir por su entendimiento, sino por especial providencia de Dios en la que se articula la intervención de María, que introduce en su imagen de Guadalupe «estampándose en la tilma cuadrada, que era la misma de los hebreos». Ximénez prosigue en sus devotas fantasías y considera mérito de los indios el haber identificado en María su doncella *xquic*. El nacimiento de la estrella, tema recurrente en el *Popol*, asegura de nuevo los raciocinios de Ximénez; son la atrevida semejan-

za de los caudillos del quiché con los reyes magos, y sus regalos con el *pizom 3a3al*, tesoro familiar inviolable entre los indios.

En el folio VII entra Ximénez en el tema lexicográfico enumerando alguno de los autores franciscanos y dominicos que le han precedido tanto en la recogida de vocablos, cuanto en el acertado uso de las formas indígenas; de lo cual son testigos insustituibles los indígenas que les escuchan y comprenden.

Razona su elección de englobar las tres lenguas quiché, cakchiquel y zutuhil; ya que sin un conocimiento serio de las tres es imposible dar razón de muchas particularidades: cosa grave en una lengua en que todo funciona con su razón correspondiente.

Es fallo de Ximénez en su Tesoro la falta de nombres para plantas o animales; fallo que procuró más adelante corregir, con su historia natural, reeditada recientemente en Guatemala (1967).

Y queda finalmente la *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala* emprendida como corrección y ampliación de la *Historia* que con el mismo título compuso Remesal; aunque con menor éxito por no haber pasado a la imprenta hasta este siglo. La *Historia* de Ximénez señaló una vez más el cariño de Ximénez por su tierra; y en ocasión de su frustrado viaje a España envió a Ecija, o a Córdoba, el primer tomo de su *Historia* junto con la Primera Parte de su *Tesoro*. El primer tomo de su *Historia* lo aproveché para una reedición de la obra de Ximénez (Guatemala, 1975); y me encuentro en la actualidad preparando la edición de la *Primera Parte del Tesoro* que entra en los programas publicísticos de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala. Edición que servirá de preparación para otra, que estoy sometiendo a los últimos toques, del conocido *Popol Uuh*, con lo que habré cumplido los propósitos hace tiempo anunciados.